

El príncipe se estremeció.

Algunos instantes antes pensaba en comprar á aquella mujer para convertirla en instrumento de sus planes; pensó hacerlo sin darse á conocer, permaneciendo entre bastidores y por intermedio de su factótum.

Reflexionó.

Viendo la impasibilidad de su ex galán, prosiguió ella en voz baja:

—En esa sortija hay una gota de veneno, y ese veneno en los labios de una mujer sería su muerte. ¿Es verdad?

Gonzaga acabó por recordar que Liana era el único ser humano á quien había revelado aquel secreto, y respondió lentamente:

—Es verdad.

La baronesita le envolvió en una mirada apasionada y murmuró:

—Soy tuya. Nunca dejé de serlo en cuerpo y alma. Aunque me destinases á mí ese veneno, Felipe, lo tomaría repitiéndote: «¡Te amo!»

El príncipe se inclinó dando por terminada la prueba.

Necesitaba á aquella mujer que se entregaba á él sin reserva alguna.

Ya tenía el instrumento indispensable para su venganza, aunque tuviera que aniquilarlo más tarde.

Quizás había adivinado Liana lo porve-

nir al hablar de que el veneno pudiera ser para ella.

Con voz grave preguntó el príncipe:

—¿Estás dispuesta á obedecerme?

—Hasta la muerte.

—Entonces ven conmigo.

Levantáronse y salieron de la taberna seguidos de Peyrolles; pero por el camino Gonzaga deslizó en el fondo de sus bolsillos todas sus sortijas, jurando *in menti* no volver á llevar en adelante ninguna, puesto que por la maldita sortija negra acababa de ser reconocido en la taberna de la feria de San Germán.

III

Ultimo reto.

Transcurrió un mes desde el encuentro de madame de Longpré y Gonzaga, y si éste dió principio á la acción pegando fuego á la feria en momentos en que se hallaban en ella Lagardère y Aurora, no sacó ventaja alguna del incendio, pues en medio de los escombros y entre el montón de cadáveres, víctimas del siniestro, no estaban sus enemigos, á quienes encontraron sanos y salvos en el pabellón destinado á los arcabuceros.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEX.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEX.

En la aurora del reinado de Luis XV, Felipe de Orleans, asistiendo al despertar del augusto niño convertido en su señor, á causa de su mayoría de edad, maravilló al adolescente soberano, contándole la odisea fabulosa del conde Enrique de Lgardère. No le costó, pues, trabajo obtener de su entusiasmo infantil el real permiso para que ejerciese el famoso caballero libremente su justicia contra el miserable cuya audaz venganza había llevado el luto por toda Francia.

Madame de Longpré fué hallada entre los muertos en el campo de la feria. Un puñal, que debía de ser el de su amante, la atravesaba el corazón. Pero el príncipe italiano vivía; no pudo salir de París y refugióse en la calle de Montmartre, en una fonda modesta, el Hotel de Mantua, propiedad de un tal Lamotte. Flor lo supo por madame Melania Liébault, mujer del jefe de policía de Chartres que, providencialmente, había parado en la misma fonda.

Con el consentimiento del Rey, Lagardère, sus dos diestros y algunos arqueros, cercaron la casa que habitaban los que ya se habían convertido en criminales ordinarios; pero cuando tras las oportunas intimaciones abrieron la puerta, los pájaros habían volado y no quedaba rastro de ellos en la jaula. El príncipe y sus secuaces se escaparon por un pasadi-



Madame de Longpré fué hallada entre los muertos...
un puñal la atravesaba el corazón.

zo secreto que daba al callejón de los Rebeldes.

Al otro día, desde el amanecer, reinaba en la calle de Montmartre y cercanías de la indicada fonda vivísima animación. Comadres y tenderos se interrogaban á gritos, secretaban las noticias que tenían ó creían tener, y comentaban de mil maneras los hechos.

El centro y foco de agitación hallábase ante la fachada del hotel donde los curiosos se apiñaban de tal modo que obstruían la circulación.

El pobre fondista, en la puerta, arrancábase los escasos cabellos que le quedaban en el casco, renegaba de su suerte, y, apremiado á preguntas por los circunstantes, no daba abasto contestando. De repente enmudeció, y con la boca abierta y los ojos saltones contempló á Berrichón que se le acercaba por entre el gentío, enviado á buscar informes por su jefe de fila, Cocardasse.

—¡Vos... aquí!—exclamó.

—¡Chist!—le susurró al oído Juan María, empujándole dentro del hotel y cerrando la puerta para eludir la curiosidad popular.—Acabáis de salvaros en una tabla, buen hombre—añadió con tono severo;—vuestra imprudente charlatanería podía llevaros, lo menos, al Chatelet.

—Habláis muy bien, pero yo... mi casa desacreditada... perdido... arruinado quizás para siempre... Nadie querrá venir á alojarse en una casa que se reputará como peligrosa.

—Se os indemnizará, amigo—replicó el mozo golpeando su bolsillo, que produjo metálico y agradable sonido.—Hablemos francamente.

—¿Qué desea saber vuestra señoría?—preguntó el fondista, ya reducido.

—Poca cosa... En primer lugar, que yo no soy señoría, y me llamo Berrichón, simplemente Berrichón, y con ese nombre basta para designarme ó llamarme; así, Berrichon solo. Vamos á otra cosa: los granujas que ayer tarde se alojaron en vuestra casa, ¿volvieron por la noche?

—No, y mucho me temo no verlos venir jamás á pagar su cuenta... El comercio está muy malo... ¡ay!... y sólo le falta á uno cualquier aventura como la de anoche...

—Dejáos de jermiadas si os es posible—interrumpió Juan María deslizándole en la mano algunas monedas de oro, á cuyo contacto cambió como por ensalmo el mal humor del fondista en protestas de agradecimiento.—No he venido sólo por eso... Vais á prometerme que iréis inmediatamente á avisarme al palacio de Nevers en el caso de que volvie-

ran... Si os ocurriera el ovidar este encarguito, pudiera suceder muy bien que os cocieran vivo, señor de Lamotte... Tenedlo presente.

—Perded cuidado, monsieur Berrichón; lo haré, lo haré. Soy todo vuestro.

—Bueno; no lo olvidéis... y hasta la vista.

En cuanto cerraron la puerta los curiosos se habían diseminado, yéndose unos á sus quehaceres y formando los otros varios grupos con tenderos y comadres.

Juan María pudo salir, pues, de la fonda sin obstáculo y reunirse con los dos diestros, que le aguardaban en la plaza de las Victorias.

—¡Mal pecado!—exclamó el gascón al ver regresar al muchacho y en cuanto lo tuvo al alcance de su voz.—¿Y esos ganapanes?

—Con tiento, mi noble amigo—le aconsejó el prudente normando.—Habla con tu voz natural. Cuando te esfuerzas por hablar en voz baja, tu voz retumba como un trueno, y me temo siempre que vas á romper todos los vidrios...

—¡No haya miedo, pequeño! Cocardasse habla como quiere.

—¿Estaban?—preguntó Passepoil.

Y Berrichón, haciendo un gesto de granujilla parisién, respondió:

—Los bribones se han mudado de casa definitivamente... Habrá que buscarlos en otra parte.

Lagardère no se sorprendió con la noticia; la tenía prevista, y su objeto al enviar á Berrichón á la fonda no era otro que el de indemnizar al fondista. De todos modos, había que proseguir las pesquisas perdiéndose más tiempo y continuando las cosas en la misma situación tirante.

Todo su valor se embotaba en esas miserables escaramuzas, y estaba á punto de perder los ánimos. Tras tantas luchas en que expuso su existencia, ni había resuelto aún la cuestión ni podría resolverla mientras no cortara de raíz la causa del mal.

Aquella mañana invadiale la melancolía. Al verle así ensimismado, con la cabeza inclinada y los brazos caídos, Aurora recordaba las lúgubres jornadas españolas en que se disponía á morir y ante el sacerdote hablaba de llevársela con él al otro mundo, á lo cual ella entonces respondía con toda la sinceridad de su alma pura:

—Amigo Enrique, la muerte no me asusta y quiero ir contigo.

Pasaron años; la niña se hizo mujer y le amó; iban á unirse ante el altar, y la misma barrera, es decir, el mismo hombre, se interponía entre ellos, sin poderle aniquilar. Y la duquesita, sufriendo con el padecer de su novio, estaba dispuesta á decirle como antiguamente:

—Amigo Enrique; la muerte no me asusta. Si no podemos ser el uno del otro en este mundo, porque tal felicidad no se ha hecho para nosotros, muramos juntos, cogidos de las manos.

Flor, siempre alerta y animosa, dióse cuenta del abismo de tristeza en que se sumían las almas de los amantes y se propuso curarles, para lo cual imaginó organizar una piadosa peregrinación á la tumba de Felipe de Lorena.

Nada mejor. Lagardère cobraría nuevos alientos para cumplir su juramento; Aurora sentiría reafirmarse su voluntad, y madame de Nevers obtendría nuevo acopio de paciencia para aguardar el vencimiento del plazo. Todos volverían de la visita confortados y con nueva esperanza en la Justicia Divina.

—Los muertos hablan cuando quieren— les dijo la antigua gitana.—El duque Felipe habló en otra ocasión para confundir á Gonzaga, y os respondo de que hoy os hablará de nuevo para infundiros ánimos.

—Tenéis razón, hija mía—exclamó la duquesa viuda abrazándola.—Escuchar á los que ya no existen fortifica el ánimo; obedecerles es asegurarse la victoria... Hijos míos, vamos á orar en la tumba del duque Felipe de Nevers.

Una hora después deteníase la carroza ante la iglesia de Saint-Magloire, descendiendo de

ella la duquesa y su hija, Cruz, y madame Liebault. Lagardère, Chaverny y sus compañeros habían ido escoltándola.

Aurora palideció al volver á ver los lugares en que había estado con traje de desposada aguardando á Enrique destinado al cadalso. En un segundo asaltaron en su mente mil recuerdos dulces y terribles; preguntóse si todo lo sucedido no había sido un sueño y si no oía de nuevo de rodillas al pie del altar los murmullos lejanos de la muchedumbre que seguía al reo de muerte... No recordaba ya lo acaecido: su raptó por Gonzaga; las torturas físicas y morales durante su permanencia en España, y luego las padecidas en París durante la ausencia de su amado; olvidó su inmenso júbilo al verse en salvo, reconquistada, al hallarse junto á su novio y al lado de su madre; y en aquel minuto horrible volvió á vivir la hora espantosa transcurrida en la misma iglesia de Saint-Magloire, á la que no había vuelto hasta entonces, hora en que oyera los murmullos de la plebe al ser llevado Lagardère al patíbulo.

Enrique la vió vacilar y extendió el brazo para que no cayese sobre las losas del atrio. Al contacto de su amado, al mirarle á su lado y leer hasta el fondo de su pensamiento, recobróse, contempló al Cristo que había sufrido por amor y mucho más que ella, y brilló en su mi-

rada la esperanza. Dirigióse con paso firme hasta el altar, y arrodillóse donde lo estuvo cuando la robó el príncipe, en aquel lugar en que había llorado lágrimas de sangre de su tierno corazón.

A su lado, en el duro suelo, la viuda de Nevers ofrecía al Altísimo su dolor para que su marido fuese vengado y su hija obtuviera la felicidad. Flor rogaba por todos y por sí misma, y madame Liébault imploraba al Eterno, confiándole el secreto de su corazón. Tras las mujeres doblaron la rodilla y encorvaron las cabezas los que tenían la misión de defender á las damas.

Si los dos diestros tenían hacia mucho tiempo olvidadas las oraciones que aprendieron en su infancia, estaban firmemente convencidos de la existencia de Dios, de aquel Dios ante el cual se prosternaba humildemente Lagardère, y le pedían fervorosamente y á su manera sencilla, la dicha de aquellos á quienes se habían entregado en cuerpo y alma.

El diablo, por su parte, no permanecía tranquilo. Un callejón sin nombre ni salida al cual daba la antigua *Folie-Gonzaga*, unía una de las entradas laterales de la Iglesia con la calle de Saint-Magloire. Nadie pasaba casi por allí, ni aun de día, y era buen lugar de emboscada al resguardo de las tapias del cementerio.

Ahora bien; en el mismo momento en que madame de Nevers, su hija y sus amigos franqueaban el atrio del templo, la puertecita del jardín de la *Folie-Gonzaga* giraba suavemente sobre sus goznes y daba paso al príncipe y su factótum, los cuales se deslizaban con toda clase de precauciones á lo largo del muro hasta la brecha abierta para que pasase la procesión de las reliquias de San Gervasio.

Si se hubiera podido atravesar con la vista el follaje y las tapias de la *Folie* se habrían visto cinco hombres, espada en mano y prontos á acudir en socorro de su señor.

Gonzaga demostraba á la sazón la mayor audacia; la aproximación del desenlace inminente le incitaba á osarlo todo y desafiar todos los peligros. Desalojado del *Hotel de Mantua*, comprendiendo que le perseguían de cerca, Lagardère por una parte y la policía parisienne, que también le había ya tendido varias emboscadas, por otra; parecía la fiera acorralada que se resuelve furiosa á defenderse, á luchar desesperadamente hasta perder el último aliento, ya que perdió toda esperanza de salvarse.

Por ello, despreciando las más elementales precauciones, pero en realidad con admirable habilidad, habíase aposentado en aquella casa que era suya, persuadido perfectamente de que

le buscarían en cualquier parte menos allí. Desde la *Folie* oyó llegar la carroza y vió entrar en la iglesia á sus enemigos. Ocurriósele al punto que era el diablo quien le enviaba á Lagardère y Aurora para que pudiera matarlos juntos al pie del altar. La santidad del lugar no había de detenerle.

Un sacrilegio más ó menos no constituía obstáculo alguno para hombres de su temple. Con todo, no quería atacar á sus enemigos frente á frente considerándolos demasiado valerosos y esforzados, sino aprovechar un descuido para dar el golpe á salvo.

Su plan era asesinar y no combatir.

—No me sorprendería—había dicho á sus enrodados—que el matrimonio esté dispuesto para dentro de pocos días y que la ceremonia de hoy sea una especie de ensayo de la próxima. ¡Voto á cien mil diablos!... Asistirán al casamiento de Lagardère testigos con los cuales no cuenta.

La idea, pues, de organizar una asechanza, de tender un lazo decisivo y próximo para acabar con el conde, incitóle á no intentar nada por lo pronto. Sin embargo, su temeridad impulsábale fuertemente á hacer acto de presencia. Cogió un papel, trazó rápido breves líneas, y sin calcular el peligro, salió de su guarida y se deslizó, como hemos visto, por el

estrecho pasadizo que conducía al templo. No se le ocurrió el pensamiento de una salida imprevista de Lagardère que lo colocase cara á cara con su terrible enemigo.

Muy á regañadientes seguía Peyrolles, lívido y no menos temblando que si viese ante sí alzarse el cadalso que había de concluir con su vida. Cada paso que daba, con el oído atento y ojo avizor, costábale un esfuerzo, y el menor ruido que llegaba del templo le hacía estremecer hasta la médula. Su amo, por el contrario, andaba tan ligero que le costaba trabajo seguirle, y hasta tuvo pensamientos de dejarle adelantar solo. Pero le contenía la codicia.

Aquel cobarde entre los cobardes, parecía tener á punto de honra no abandonar á su amo. Por supuesto, el motivo de su adhesión hubiera parecido muy extraño á gran número de gente, y el mismo Gonzaga no había sospechado nunca que si su fiel factótum le demostraba tal abnegación era por interés, por codicia.

No dudando de la victoria final del conde, pensaba aprovecharse de la muerte de su señor para saquear el palacio del príncipe y enriquecerse así de una vez y para siempre.

Felipe escaló las tapias del cementerio, se deslizó por los matorrales y franqueó tan agilmente los sitios descubiertos, que Peyrolles no

se atrevió á seguirle y le aguardó agazapado y oculto por el follaje.

Los enrodados, desde su observatorio, no perdían de vista al caballero, dispuestos á acudir en su ayuda. Se estremecieron cuando al dar la vuelta á la iglesia desapareció y los minutos en que no podían verle les parecieron siglos. Más que centurias parecían al cuitado mayordomo, cuyos dientes castañeaban.

Felipe de Mantua volvió á pasar por junto á su factótum sin verle; tanto se achicaba el pobre Peyrolles para ocultarse; por otra parte, su amo no pensaba en él, y cuando penetró de nuevo en casa á poco le da con la puerta en las narices.

Pero logró deslizarse tras el príncipe y echar el cerrojo, dejándose caer desfallecido en el suelo.

Luego, Gonzaga, saliendo de nuevo, ocultóse entre las ramas, envainó su espada y aguardó: no temblaba; sonreía irónicamente.

Aurora reapareció al lado de su madre. Las dos parecían consoladas y confortadas por la oración. Bajaron lentamente los escalones, seguidos de todos, y Felipe les vió defilar graves y tranquilos dirigiéndose hacia el panteón de Nevers, su víctima.

Poco faltó para que no soltase burlona carcajada, pero se contuvo, é involuntariamente

llevó la mano á la empuñadura de su espada. Por instinto, en cuanto veía á su adversario, pensaba lo primero en defenderse. Otra vez más no se atrevió ó no quiso combatir; dejó caer la mano á lo largo de su cuerpo y se contuvo. Su semblante recobró por completo la impasibilidad, pero un buen fisonomista hubiera distinguido bajo aquella máscara júbilo feroz.

Lagardère daba el brazo á la madre de Aurora, previendo la emoción que había de experimentar la noble viuda ante la tumba de su esposo.

La imagen de Felipe de Lorena-Elbeuf, duque de Nevers, revestida de su coraza, con las manos cruzadas y un león acostado á sus pies, dormía su sueño de piedra, aguardando que fueran á decirle:

—¡Ya ha sido vengada tu muerte!

Cuantos le conocieron en vida doblaron la rodilla ante su estatua tumular.

Mientras la viuda y la hija de Nevers oraban de rodillas besando las losas funerarias, Lagardère miró el rostro de la estatua mortuoria. Crispóse su mano sobre el brazo de Chaverny.

—¿Qué es eso? —murmuró con voz sorda.

El marquesito miró y palideció. Navailles y los demás siguieron la dirección de las miradas.



Y clavó papel y puñal en el tronco de un árbol próximo.

das y enrojecieron de cólera. En los intersticios de la visera del casco había un puñal clavado y sujetando un pedazo de papel escrito. Probablemente insultos al muerto. ¡Y no se había derrumbado el cielo, ni matado el Señor por medio de un rayo al profanador del sepulcro de su propia víctima!..

Enrique con un gesto hizo detener en las gargantas de todos el grito de indignación que se disponían á lanzar. No quería que la esposa desolada y la hija amante advirtieran la profanación, y con rápido movimiento, y por encima de las cabezas de las damas, arrancó la daga y el papel.

Era una especie de reto.

Harto ya de la prolongación de aquella lucha, Gonzaga citaba á Lagardère para el día siguiente en el cementerio de Saint-Magloire.

El conde irguió altivo su cabeza y miró al cielo como tomándole por testigo de que aceptaba el reto. Luego con el propio puñal del asesino de Nevers, y con sangre de su brazo, el conde escribió en el papel una sola palabra.

Acudiré.

Y clavó papel y puñal en el tronco de un árbol próximo.